

perseverar al exponer y difundir sus méritos docentes, profesionales y, ante todo, literarios.

Acerca de los paisajes

Un fenómeno a considerar en las Memorias de escritores y artistas de la época a que nos ceñimos, junto a la encantada tendencia a descripciones o apuntes de los «interiores» donde se desarrollan acaeceres para sus autores inolvidables, es la falta de fijaciones en lo que concierne al paisaje, urbano o campestre, de montañas, mares y playas, de vegas, valles y llanadas. Y ello se antoja aún más susceptible de interpretación si reparamos en sus viajes y largas estancias en países de contrastadora y coloreada textura. Lo propio ocurre, ciertamente en menor medida, con las acepciones de medios y raigambres culturales diferentes. Refiriéndonos a tan revelador aspecto, complementario de cualquier existencia a sí atendida, en un género que tanto debiera propiciarlo, este vacío, simple mención transeúnte a veces, sorprende todavía más en los que habitaron el exilio.

La marginalidad de lo brasileño sí corresponde al talante e intención que discurren en los dos volúmenes de *Alcancia*, de Rosa Chacel. El mismo Corpus Barga, residente en Lima, con un acervo extraordinario de ilustradores desplazamientos —y no imaginarios ni en lo más mínimo introvertidos ni rumiados— nada nos comunica en ese terreno y le sobran facultades y capacidad de observación, de su final anclaje peruano. Con muestras magistrales de su admirado y envidiable nomadismo periodístico, al recluirse en Lima no nos ha legado de ella una visión que hubiera sido de especial interés, sino que consagró allí —distancia, perspectiva, retentiva— años y energías a entrañados hitos de su ambiente formador —especialmente de Madrid: calles y plazas, incrustada historia en las viejas piedras, en los monumentos que rezuman la tradición, costumbres burguesas y captación de tipos y modos populares— «en aquel tiempo cuyos pasos cuenta».

En la segunda entrega de sus *Recuerdos y olvidos*, Francisco Ayala, que tan palpitantemente transuntara, en el tomo inicial, las estelas más indicativas de la externa Granada, la que entra por los ojos y se acoge al alma, en su almarío, no se detiene en las luces aurales o de pleno sol, en esplendor o declinación, y nos relata de su peculiar exilio, los datos de relación personal. La andadura de sus escritos y versiones, determinados juicios de valor —benévolos, generalmente— que permiten por vía de narración sobria y esclarecedora, pero con omisión, probablemente reservada para otras obras, de las plasticidades del entorno, que no deja de influirnos, de cambiarnos, y supone, en levísimas capas superpuestas, una óptica.

Comprensible es que, a la vera y veneración de Alberti, María Teresa León, en el primer tramo de su *Memoria de la melancolía*, de sus numerosas escalas —propagandísticas— se limite a trasladarnos sus encuentros con notables compañeros. Y que, salvo el generoso intercambio con amistades afines, no exponga ahí las impresiones causadas por lugares de muy variados aspectos, y tampoco sepamos, y los hubiera retratado con noble pasión y pareja destreza, de las gentes comunes, por su

cotidianeidad individualizada, que no es incompatible ni con el englobamiento clasista ni con las misiones encomendadas. Factores éstos —sitios y personas— que pertenecen a los registros estrictamente humanos de la memoria. Más adelante, sin embargo, lo que nos traslada de la guerra civil y del destierro —entusiasmos, añoranzas— sí vibra en facetas de rostros y de escenarios. De tal modo, la defensa de Madrid, las riberas del Paraná, los tratos bonaerenses, su conjuro desde Italia.

Quizá sean excepciones, sólo en tales predicados, los que en España, por edad o coyuntura, permanecieron. Ramón Carnicer describe con sostenida exactitud lo visitado en el extranjero. También sus estancias profesoras. Carlos Barral el abundante ejercicio, lúdico, de sus vocaciones y facultades, extensivas ahora a la novela. Ni uno ni otro —y no hay en ello sino mera anotación— se interesan por la ciudad, en sus identidades, donde radican. Se diría que transcurren únicamente atentos a sus trabajos, amistades y aspiraciones o contrariedades. Ramón Carnicer, muy centrado en las interioridades académicas. Carlos Barral con chispeantes testimonios, velada o desenfadadamente satíricos, sardónicos, por veces un tanto caricaturales, de sus coetáneos escritores, apunta ya lo que será, en el marco editorial, su liderazgo. Por ambas mediaciones, de situación privilegiada, nos llegan denostados fenómenos denunciados, los tufos de una sociedad estancada, la franquista, con numerosos síntomas y evidencias de putrefacción.

Finales de la bohemia

Aquella época, en una acepción epigonal y en otras precedente, de los literatos-bohemios, según la expresión vocativa y vagamente profesional de Rafael Cansinos-Asséns (vale la pena recurrir al perspicaz, adelantado y enjundioso estudio de Abelardo Linares, que sobre este personaje nos ilustra en su «Fortuna y fracaso», al número especial con que la revista jerezana *Fin de Siglo* acudió en su homenaje y a los importantes trabajos publicados por *Insula* en su entrega noviembre-diciembre del 83)... se nos desvela y neutraliza cuando traslada sus recuerdos y «estampa» un abundoso evocar. Enfocan las premisas de vacío que la guerra civil-internacional acarreó, la implica, de modo tipificador. Hace constar y revive su memoria, bien a la manera reiterativa de María Teresa León o con sombrías ubicaciones y datos reveladores en lo que atañe a Francisco Ayala. Lo propio, con ahilamiento y emoción poética, ante la desmedida circunstancia que de su lar lo tajara, ocurre en el caso de José Moreno Villa, *Vida en claro*, título menos indicativo que la declaración de Ayala, tan definitoria en sus *Recuerdos y olvidos*. O a través de una deliberada oquedad que encona el desarraigo y significa un empeño no-luntario, respecto a los graves sucesos colectivos, que la rigurosa obra de arte, absolutamente individualizada, requiere, así la *Ida y Vuelta («Alcancía»)* de Rosa Chacel. En cambio, entero beligerante republicano, compañero en la política y patética travesía fronteriza de Antonio Machado, Corpus Barga, en sus tres primeros trayectos de *Los pasos contados* se atiene a un tiempo irrepetible, histórico-costumbrista, para finalizar en la tensa aventura del regreso, el de *Los galgos verdugos*, que es un doble y

transitorio retorno a una España para él ya enigmática, a las raíces de su casta, en postrer careo. Y al reintegrarse a su ciudad de asilo, Lima, cumplida su tarea, nos lega una de las formas superiores, harto hispánica, de la nostalgia definitiva.

Sensible es que otros escritores y artistas sólo abordaran intercaladamente, sin plena dedicación genérica, el sempiterno tema-problema. En la producción, tan zumada y rica, de Juan Gil-Albert, aparecen, aquí y allá, en diferentes pero explicativos contextos, hitos y etapas memoriales. Lo que cumple extender, en menor pero aguda porción, al excepcional pintor y ensayista Ramón Gaya, al que muchos se resisten a redescubrir...

Cabe establecer ilustradora conexión con el malagueño Esteban Salazar Chapela. No he vuelto a tener noticia de su libro, que se centra en los ires y venires, en los talentos, de intelectuales y políticos en Valencia, cuando allí hubo de instalarse, por los azares de la guerra civil, el Gobierno de la República. Juan Rejano me facilitó el original, para una gestión editorial. Lo leí con deleite, por su amena veracidad y logrados apuntes, amén de indicativas anécdotas. Pero ni él ni yo conseguimos que se publicara en México. Ignoro la suerte que corrió el valioso texto, ¡aviso para navegantes!

¿Únicamente la melancolía?

Memoria de la melancolía. ¿Únicamente de la melancolía? Cierto es que los sentires crepusculares de María Teresa León surgen y reaparecerán en este libro medulado por las cuajadas añoranzas de la niñez, de las emociones que conducen y pastorean su adscripción política —ética en su radical e iniciática motivación, con el énfasis de las misiones a la tradicional usanza y por ello de marchamo funcional— que determina, parejamente a Rafael Alberti, a sobresalientes escritores y artistas de aquel tiempo, bajo las rúbricas de una ortodoxa vanguardia social. Y afloran los episodios que tejen, desde tales premisas, el contacto con los seres sencillos y desposeídos, que la vida, más compleja y directa que cualquier ideología, habida y por haber— suele terciar.

Evidente también que este libro se cifra en un lirismo que visceralidad exhala. Pero es de un tono sostenido que importa releer. Aquí más que allá. La infancia —su carácter enterizo es de sello castellano, burgalés, que nos apetece escuchar de nuevo, nobles latidos. Sobre todo en las últimas páginas, desde Italia, donde incluso se enciende la adicional nostalgia de Buenos Aires, «una ciudad sin finales».

Dos notas cabría subrayar en *Memoria de la melancolía*: refleja un existir enteramente compartido, ahí está omnipresente, en trance de invariable veneración, Alberti; en su fluencia nos proporciona la visión de unos resortes, los que constituyen, mentales y hasta litúrgicos, la acepción inspirada en la sed de justicia que enarbola y concita, en nombre y representación, infalibles, el proletariado.

Pero merced a esos ángulos ópticos, a sus meandros psicológicos, se desgranar los cantos, el discurso condenatorio o ditirámico, sin matizaciones. Entonces todo tiene *su razón de ser, su razón de estar*, mientras concorra al objetivo de la fijada y ansiada emancipación.